

~ Para el amor de la Luna ~

Cuentan que una noche la Luna se enamoró de la Pena. Fue en el albor de los tiempos, cuando ni siquiera brillaban todavía las estrellas.

~

Ella vagaba por el cielo cuando algo llamó su atención. En medio de la pradera se alzaba un humilde castillito de mármol pulido. Las ventanas no tenían cristales y el viento silbaba al entrar y salir. La Luna se fue asomando por cada hueco, intentando averiguar qué era ese lugar. Las habitaciones estaban polvorrientas, los muebles tapados con sábanas y el eco de la soledad latía en casi todos los rincones, menos en uno. Cuando la Luna miró por la última ventana, cayó enamorada.

La Pena se giró en la cama al notar que la observaban. Brillaba con luz propia, pero dolía mirarla. Sus ojos reflejaban todo lo que era sin necesidad de palabras. Estaba tumbada, su pelo rubio derramado entre las sábanas. Era pequeña y estilizada como un hada de rocío, tan cremosa y delicada que parecía derretirse en el lugar. Al notar que la miraba, la Luna brilló todavía con más intensidad, cándida y emocionada. Sin embargo la Pena no se fijó en ello. Apartó los ojos y volvió a acurrucarse en el medio de la cama. Le dio la espalda y la Luna se sintió morir. Se marchó de allí sin tan siquiera mirar atrás.

Sin embargo, no podía olvidarla y volvió a la noche siguiente. Y a la otra. Y no dejó de ir. Algunas noches, la Pena la miraba fijamente y la Luna temblaba queda en el cielo. Absolutamente aterrada, pero encandilada de la joven. Ella por su parte no era capaz de salir del cuarto. Adolecía su propia naturaleza, enclaustrada en sí misma. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Sin que nadie la encontrara, sin distinguir las estaciones. Nadie lo sabe. A veces, la Melancolía llegaba de la nada y le abrazaba por la espalda intentando mitigarla. No ayudaba, pero cuando estaba ahí la Pena se volvía algo más dulce y ácida a un tiempo. Conseguía llorar un poco y abrazarse a su hermana en silencio. Para cuando volvía a dejarla sola, el ambiente aún tardaba un poco en volver a ser tan denso y apenado como antes.

La Luna veía todo esto y suspiraba. Ella también quería acercarse. Quería acurrucarse entre los brazos de la Pena, pero su cuerpo era tan grande que ella no podría abrazarla. Quería pasar las manos por su pelo y confortarla, pero no tenía cómo hacerlo. Y sufría, porque la Pena difícilmente la miraba. Ella sin embargo clavaba los ojos en la pequeña cada noche, notando como su corazón latía una y otra vez y avergonzándose de la intensidad de lo que sentía. Pero la mirada de la Pena era siempre igual de compungida y solitaria. Como una muñeca perdida que pidiera ayuda para volver a casa. Y sin poder guiarla, cada noche la Luna suspiraba. Y cada vez que suspiraba se iba haciendo más y más pequeña.

Pasaron los días y las semanas. Los meses y las estaciones que la Pena no era capaz de distinguir. La luna seguía suspirando enamorada, dolida, rota. Incandescente, su tamaño iba menguando. Ahora apenas podía pararse unas horas frente al palacio, pues seguía teniendo que recorrer el cielo y cada vez se le hacía más largo. El lugar, que antes refulgía con su luz y con su amor, se encontraba en la penumbra. A cada rincón le pesaba en la apariencia el saber que el sentimiento no era correspondido. Las esquinas eran más oscuras y hurañas, el viento

había amainado y los muebles de madera se habían vuelto agrios y hoscos bajo las sábanas. Ni siquiera la Melancolía se atrevía a acudir. Pese a todo, la Pena seguía ajena a lo que ocurría a su alrededor. Sus ojos se fijaban en el pasado y en el futuro, pero no lograban detenerse en el presente. Ya ni lágrimas lograba derramar, de tan cansada y desolada como era.

Y llegó el día en que la Luna fue tan pequeña que no daba luz; por un instante, la Pena se convirtió en Confusión. Miró en el presente por una vez y echó en falta la luz blanca que hacía resplandecer su palacio. Confusa, miró a todos lados moviendo lentamente su cabecita, hasta encontrar en lo alto del cielo a la Luna. Estaba acostada sobre una nube, con los ojos cerrados. Descansando.

Como si despertara de un sueño, la Pena se movió. El rumor de las sábanas al deslizarse contra ella la sorprendió y, casi con temor, adelantó el pie hasta el suelo. Sus labios formaron un pequeño *oh*, al notar el frío contra su piel. Tragó saliva y cuidadosa terminó de levantarse. Respiró hondo varias veces, dio un par de cautelosos pasos. Todavía no entendía qué estaba ocurriendo, pero algo le dolía. Miró por la ventana una vez más y una lágrima solitaria rodó por su mejilla. Suspirando, se elevó en el aire con tanta naturalidad como si lo hubiera hecho cada día de su vida. Ascendió más y más hasta encontrarse cara a cara con la Luna. Ella abrió los ojos y sonrió como la primera vez. Esa noche, la Pena la vio en todo su esplendor. Notó el color en su rostro y la pasión y la ternura que corrían de la mano bajo su superficie. Notó el brillo en su mirada y el amor en todo su ser. Y la Pena cerró los ojos, herida de muerte porque la Luna languidecía. Había dado tanto de si cada noche que todo lo que quedaba de ella era poco más que el amor que le tenía. Era demasiado tarde.

La tomó en sus brazos, temerosa de ser demasiado brusca. La miró; titilaba de pura tristeza, menguada por amor. Compungida, la Pena se decidió. Suavemente, le sopló en el rostro mientras cerraba los ojos. Y volvió a hacerlo. Una y otra vez. Solo cuando el sol comenzaba a asomar en el horizonte soltó reticente a la Luna y se volvió a su palacio. Pero noche tras noche, repetía el extraño y silencioso ritual para darle calor. Para evitar que se consumiera, le alimentaba de aquello que tanto había anhelado. Ella misma. Cada vez que le soplaba, miles de esquirlas de la pena que la hacía ser quien era la rodeaban. La Luna atesoraba todas las que podía, sonriendo con sus últimas fuerzas. Sin embargo, muchas esquirlas se escapaban. Volaban lejos y lo invadían todo a su paso. Eran tan pequeñitas que pasaban desapercibidas, pero eran constantes. Se acurrucaban en el interior de todo aquello que tocaban, haciéndoles sentirse lánguidos y desganados. Traían consigo las ganas de llorar y convocaban a la Melancolía.

Poco a poco, la Pena fue menguando también. Al final, la Luna era tan pequeña y tenue que ni memoria tenía. Pero seguía sufriendo, porque pese a todo, ella no tenía amor dentro de sí. Nunca le correspondería. Así que con sus últimas fuerzas, la Pena la besó, dándose a ella y arrebatándole el amor que le quedaba.

La luna se desmayó y al despertar ya no había nada que la afigiese. No había rastro de la Pena, pero tampoco la recordaba. Asustada de encontrarse tan pequeña, se ocultó entre las nubes para recuperar la energía. Poco a poco fue creciendo de nuevo, recuperándose. Se sentía diferente, pero no habría podido explicar el por qué. Quien la vio y quien la viera. Antes tan alegre y ahora tan tranquila. Algunas veces lloraba sin saber por qué, decía que le relajaba.

Otras sonreía con tristeza, contemplando el mundo bajo ella. Pero si le hubiesen preguntado, diría que siempre había sido así.

~

Los pequeños se acurrucaron en las rocas; tardaron unos segundos en comprender que Ella no iba a hablar más. Pero cuando lo hicieron, en seguida se impacientaron.

- Madre, ¿Qué ocurrió con la Pena?

Ella sonrió y, mientras se desenredaba el pelo con los dedos, terminó de contar la historia.

~

La Pena ya no existía. Al entregarse, todo lo que le quedó fue el amor que la Luna sentía por ella. Un amor primerizo, puro como ningún otro. Gracias a ello pudo sobrevivir, pero no fue capaz de regresar a por la Luna. En su lugar, comenzó a vagar por el mundo por el que antes no podía caminar. Sus ojos se cubrieron de curiosidad y esperanza. Caminó días y días, hasta que se encontró con una esquirla de su pena. Se agachó ante ella, mientras la cogía en su mano. Era como un diminuto copo de nieve. Suspirando, se lo sujetó en el pelo. Vio los estragos que había causado en el mundo y en quienes lo habitaban y supo que no podía permitirlo.

Desde aquella ya no vaga sin rumbo. Visita a todo aquel que tiene la pena arraigada en su interior, se la arranca y rellena el hueco con parte del amor de la Luna. Cura las heridas que dejan sus esquirlas y a cambio se las coloca en el pelo, para no olvidarlas. Su larga melena sigue creciendo a su espalda, brillante de ellas. Ha perdido su nombre, porque ninguno se le ajusta. Ella no es el amor que regala, ni la pena que carga. Pero no le importa. La tarea le ayuda a olvidar.

A veces, en sus viajes, encuentra a personas que han muerto por amor. Mermándose por un desengaño, entregándose a la locura por la esperanza, dejándolo todo por una ilusión. Cuando esto ocurre, los cubre de las esquirlas que lleva en el pelo, para marcarles. Son especiales para ella.

No acabó ahí. El tiempo pasó y al final los recuerdos la superaron. Volvió a por la Luna, deseosa de volver a ver en ella el amor con el que la había mirado la primera y la última vez. La persiguió durante noches sin dejarse ver, nerviosa y asustada. Al final, se llevó la mano al pecho y con cuidado, arrancó un pedacito de su Amor. Lo llenó con una esquirla, suspirando al notar el frío. Elevó el Amor en su mano y con cariño, lo soopló para que llegara hasta la Luna. Ella nunca vio quien le había hecho ese regalo, pero lo notó en su interior.

Desde ese momento, cada vez que la Luna se enamora ella le acecha, deseosa de ver la cara que pone al mirar al objeto de su deseo. Se sonríe y suspira para sí, sin importarle quien le vea pero escondiéndose de su luz. Sabe que parte del amor que siente está en ella y eso le alegra.

Entretanto, sigue por ahí, vagando. Recolectando, uno a uno, los pedacitos de su pena. Regalando, uno a uno, los cachitos del amor que un día la rescató, pues sabe que es el mejor medicamento.

